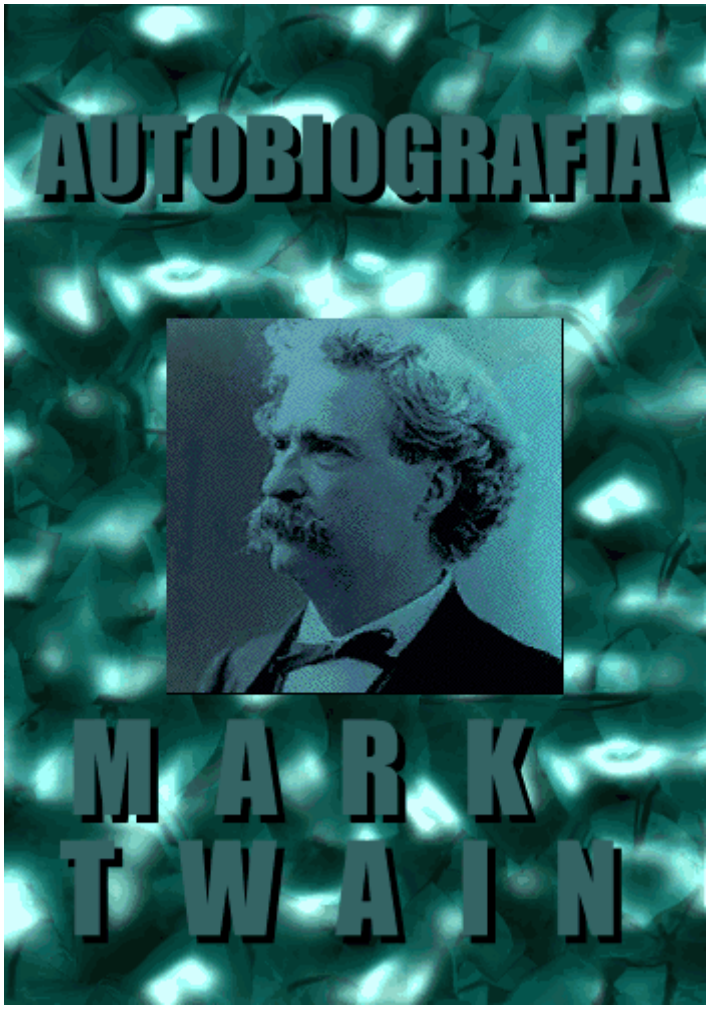
LIBRO dot.com

Autobiografía

Mark Twain



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Dos o tres personas me escribieron en diferentes ocasiones diciéndome que si yo publicaba mi autobiografía tal vez la leerían cuando sus ocupaciones se lo permitieran. En vista de este interés frenético, creo que debo acceder a las demandas del público.

Aquí está, entonces, mi autobiografía:

Soy de ascendencia ilustre, y mi familia tiene una trayectoria de una antigüedad incalculable. El primero de los Twain que recuerda la historia no fue un Twain, sino un amigo de la familia, apellidado Higgins. Esto ocurría en el siglo XI, y nuestros antepasados vivían entonces en Aberdeen, condado de Cork, Inglaterra. Hasta hoy no hemos podido averiguar la causa misteriosa de que nuestra familia llevara el nombre

materno de Twain, en vez del paterno de Higgins.

Tenemos ciertas razones domésticas muy poderosas para no haber continuado con la investigación de ese enigma histórico. En algunos casos, los Twain adoptaron algunos alias, y siempre lo hicieron para evitar trastornos enojosos con funcionarios y policías. Pero, volviendo al asunto Higgins, si mis lectores tienen una curiosidad muy intensa, dense por satisfechos con saber que el misterio se redujo a un incidente vago y romántico. ¿Qué familia antigua y de linaje no conserva el perfume de esas sombras poéticas sobre su paternidad y filiación?

Al primero, siguió Arturo Twain, cuyo nombre fue famoso en las crónicas de las encrucijadas inglesas.

Arturo tendría treinta años cuando se dirigió a una de las playas más aristocráticas de Inglaterra, llamada vulgarmente presidio de Newgate, y muchas personas presenciaron su repentina muerte en ese lugar de recreo.

Su descendiente, Augusto Twain, estaba de moda allá por el año 1160.

Este Twain era un humorista extraordinario. Tenía en su poder un viejo sable del mejor acero conocido en esos tiempos. Augusto Twain afilaba muy bien la brillante hoja de su sable y se ubicaba en un lugar conveniente del bosque a saludar a los caminantes. A medida que pasaban, Augusto los ensartaba con su sable sólo por el placer de ver cómo saltaban, porque como ya dije, era muy original en sus diversiones.

Parece que por la perfección artística de su obra, llamó la atención pública más allá de lo conveniente. Algunas autoridades que estaban en el tema y habían tenido conocimiento de los rasgos humorísticos de Augusto, lo espiaron por la noche y se apropiaron de su persona en el preciso momento en que llevaba adelante una de sus bromas. Los representantes de esas autoridades recibieron la orden de separar la extremidad superior de Augusto, y llevarla a un lugar elevado en Temple Bar. Todo el vecindario se congregaba diariamente para ver aquella parte de la persona de Augusto Twain, que nunca antes había ocupado un lugar tan destacado.

Durante los doscientos años que siguieron, es decir, hasta el siglo XIV, la familia fue enaltecida por las proezas de muchos héroes, a los que les tocó en suerte -de otro modo habrían muerto en la oscuridad-, seguir el camino victorioso de los ejércitos, cubriendo siempre la retirada y ser los primeros en abrir la marcha cuando se daba orden de regresar a los cuarteles después de la batalla. Se engañaba Froissart al asegurar que el árbol genealógico de nuestra familia sólo tenía dos ramas en ángulo recto con el tronco, y que se distinguía de otros árboles en que daba frutos durante todo el año. Esa es una calumnia y una tontería del viejo cronista.

Llegamos al siglo XV. En esa época floreció Twain el Hermoso, también llamado el Letrado o El de la Pluma de Oro. Tenía una habilidad insuperable para imitar la letra y la firma de todos los mercaderes de aquel país. La gente caía muerta de risa al ver cómo sacaba ganancia de ese don en el que alcanzó una completa perfección. No

se podía pedir más.

Desgraciadamente, parece que, a causa de una de esas firmas, mi antepasado se comprometió a servir de picapedrero en una carretera durante un largo período de años, y que la rudeza del trabajo le echó a perder la mano para una obra delicada como era la de su práctica caligráfica.

De vez en cuando, dejaba el penoso trabajo de la carretera, pero poco tiempo después volvía a engancharse por algunos años, y así estuvo, con breves interrupciones, cerca de medio siglo, mejorando las vías de comunicación y empeorando sus ya debilitadas facultades para el manejo de la pluma.

Todo tiene compensaciones. Tal era la satisfacción de los capataces de la carretera, que en los últimos años mi glorioso antepasado no se alejaba más de una semana del lugar de sus tareas, y los representantes de la autoridad lo convencían muy fácilmente para que volviese al servicio público.

Así murió, honrado y llorado por todos. Perteneció a la Orden de la Cadena. Llevaba siempre el cabello muy corto, y demostraba un gusto especial por la ropa de tela con rayas. Casi nunca usaba otra, y el Gobierno se la proporcionaba gratuitamente. He dicho que la patria lloró la muerte de mi antepasado, sin duda a causa de sus servicios; pero más que nada por la periodicidad que adquirió en el trabajo de las carreteras.

Pasados ciertos años, nuestra familia se engrandeció con el glorioso nombre de Juan Morgan Twain. Vino a los Estados Unidos en compañía de Colón, aunque como simple pasajero de su carabela.

Parece que mi antecesor era un hombre de temperamento amargo. Durante la travesía no dejó de quejarse al patrón del buque, por la mala comida, y amenazaba con quedarse en la playa si no mejoraba el servicio. Insistía sobre todo en que se le diera sábalo fresco, aunque no hay en los mares de América. Andaba siempre en cubierta, con las manos en los bolsillos del pantalón, y cuando pasaba junto a don Cristóbal se reía groseramente en su cara. Decía mil horrores contra él en los grupos de pasajeros y tripulantes. Entre otras cosas, aseguraba que Colón no tenía la menor idea sobre América, y que había emprendido el camino a ciegas, puesto que aquel era su primer viaje al Nuevo Mundo. Cuando uno de los marineros gritó: "Tierra" todos se conmovieron. Sólo él permaneció indiferente. Contempló la mancha gris con un vidrio ahumado, - que, según ciertos cronistas, era un pedazo de botella-, y exclamó con desdén: "No hay tierra. ¡Que me cuelguen si lo que vemos no es una balsa de indios americanos!".

Al embarcarse, no traía más que un envoltorio de periódico, en el que había un pañuelo, una media de lana, una de algodón, un camisón y no sé qué otro objeto. Cada pieza tenía iniciales diferentes. Sin embargo, durante el viaje inventó la novela de su baúl y no cesaba de hablar de su baúl.

Todos los pasajeros juntos desaparecían y quedaban anulados cuando se presentaba mi antepasado en la cubierta. Si el buque hundía la proa, mi bisabuelo llamaba a los marineros para que llevaran su baúl a popa y se colocaba en el lugar conveniente con el fin de ver lo que estaba sucediendo. Si se sumergía la popa, al instante mi célebre antepasado buscaba a Colón para sugerirle la maniobra indicada, y ofrecía su baúl.

¿Quieren saber qué contenía ese baúl? Les responderé en pocas palabras que mi antepasado era un hombre extraordinario. Consulten el Diario de Colón, y verán lo que dice el Almirante de las Indias. No acusa a mi antepasado. No hace una indicación que, aunque disimuladamente, sugiera la idea de una conducta incorrecta. Colón se limita a afirmar que aquel periódico y aquellos pares de medias se convirtieron durante el viaje en un gran cargamento. Ya no se hablaba de un baúl, sino de los baúles del Sr. Twain. Eran tantos, que no entraban en la bodega, y estaban sobre cu-

bierta. Los marineros no podían hacer la maniobra ni oír las órdenes, por la acumulación de los objetos que formaban la propiedad exclusiva e indiscutible de mi bisabuelo.

Al desembarcar, mi antepasado entregó a los cargadores de América cuatro grandes baúles y cuatro cestas de mimbre, dos de ellas eran las que contenían el champán con que fue celebrado el descubrimiento. Mi antepasado volvió a bordo y le reclamó a Colón, exigiéndole que detuviera a los otros pasajeros, ya que sospechaba que le habían robado. Hubo un alboroto en la carabela, y Morgan Twain fue echado de cabeza al agua.

Todos se asomaron a la borda para ver su agonía; pero, a pesar de que permanecieron largo rato con los ojos clavados en la superficie del mar, no aparecieron ni las burbujas indicadoras de la muerte del célebre viajero. El interés crecía de momento a momento, en presencia de aquel acontecimiento tan extraordinario.

En esto se observó que la carabela iba a merced de las olas porque el cable del ancla de proa flotaba sobre el agua. La desesperación sesperación fue general y profunda. Si se consultan los papeles de Colón, se encontrará esta curiosa nota: "Descubriese que el pasajero inglés se había apoderado del ancla, e vendióla por cierto oro e otras cosas de la tierra a los dichos salvajes, e decíales que era un amuleto".

Sin embargo, sería imposible negar los buenos instintos de mi antepasado. Él fue el primero que trabajó por la disciplina y superación de los habitantes de América, pues construyó una gran cárcel y puso enfrente una horca. Aunque la crónica de donde sacamos estas noticias deja en blanco muchos hechos de mi ilustre antepasado, cuenta que un día, al ir a ver el funcionamiento de la horca, por un accidente voluntario de parte de los indígenas, Twain quedó colgado de ella. A él le corresponde, por lo tanto, el honor de haber sido el primer blanco que mecieron las brisas americanas, con el cuello amarrado al extremo inferior de una cuerda europea. La cuerda, al parecer, le causó lesiones en el cuello, y el primer Twain de América falleció a los pocos instantes de colgado.

Dije que Juan Morgan Twain fue mi bisabuelo; pero debe entenderse esto en sentido figurado. Uno de los descendientes de aquel malogrado precursor, floreció en mil seiscientos y tantos. Se le conocía en muchos países con el nombre del Almirante. La historia lo menciona y le atribuye otros títulos de los que hablaremos en su oportunidad. Comandaba embarcaciones muy rápidas. La velocidad era parte esencial para el negocio de las flotas de aquel antepasado. También se preocupaba mucho por llevarlas bien provistas y armadas con muchos cañones, carabinas y armas de abordaje.

Prestó grandes servicios para hacer más activo el comercio marítimo. En efecto, cuando mi antepasado llevaba cierto rumbo, los navíos que iban delante desplegaban todas sus velas para cruzar el Océano. Si alguna embarcación se atrasaba y por alguna de las tantas causas que mi antepasado no tenía bien en claro, quedaba cerca de las flotas del Almirante, este sufría un acceso de violencia y castigaba al buque que se había retrasado llevándolo con él. Al tranquilizarse, conservaba el navío, con su tripulación y cargamento, en espera de los armadores y de los destinatarios de la mercancía; pero estos hombres eran tan indolentes, que no iban a reclamar los bienes de su legítima propiedad, y mi antepasado tenía que apropiárselos para que no se perdieran. A veces los tripulantes de los navíos eran tan perezosos, que el Almirante les recetaba baños de mar, y los marineros que tomaban esos baños gustaban mucho de ellos. Pocas veces volvían a pisar la cubierta después de comenzar el higiénico

chapuzón.

Un acontecimiento desgraciado cortó la carrera del Almirante. Su viuda creía que si en vez de la carrera de su esposo se hubiera cortado la cuerda de que se le suspendió, no habría muerto aquel hombre en plena madurez y en pleno triunfo. Estos le valieron que la historia le designase con el nombre de pirata.

Carlos Enrique Twain vivió a fines del siglo XVII. Era un misionero tan celoso en el cumplimiento de sus deberes, como grande por el poder que alcanzaron sus habilidades. Convirtió a 16.000 naturales de las islas del Pacífico. Tenía tal conocimiento de los textos sagrados, que convenció a aquellos infelices paganos de la insuficiencia de un collar de dientes de perro y unos anteojos para cubrir la desnudez del cuerpo durante las ceremonias del culto divino. Sus feligreses le querían tanto y tanto le apreciaron que, cuando murió, se chupaban los dedos y decían que aquel era el más delicioso de los misioneros. Hubieran querido otros como él para repetir el banquete fúnebre. Pero no todos los días nacen misioneros que dejen un sabor tan agradable en los paladares del trópico.

La segunda mitad del siglo XVIII tuvo por gloria y esplendor la vida del más intrépido de los Twain. Era nombrado entre sus compatriotas -los pieles rojas- con un nombre revelador: se lo llamaba el Gran Cazador de Ojo de Cerdo (Pagago-Pagagua-Puquequivi) y fue quien prestó sus servicios a Inglaterra contra el tirano Washington. Este guerrero indio, antepasado mío, fue el que disparó diecisiete veces contra el mencionado Washington, ocultándose en el tronco de un árbol. Es exacto, por lo tanto, el relato poético que hacen los libros escolares; pero estos engañan al público cuando afirman que después del disparo número diecisiete de su mosquetón, el guerrero dijo: "El Gran Espíritu reserva a este hombre para una importante misión", y que ya no se atrevió a seguir disparando. Lo que dijo fue: "Yo no pierdo mi pólvora y mis balas. Ese hombre está borracho, y no puedo hacer blanco". Tal es la verdad histórica. ¿No les parece que debemos preferir los relatos que nos recomienda el sentido común y que tienen el tono y el aroma de la posibilidad?

A mí me gustaban mucho las anécdotas de indios, en los libros escolares; pero no vamos a creer que por el simple hecho de errarle dos tiros a un blanco, todo indio va a creer que el soldado había escapado sano y salvo porque está predestinado por el Gran Espíritu para una misión futura. Y si alguien me dice que fueron diecisiete los disparos contra Washington, yo contestaré que en un siglo la historia convierte dos tiros en diecisiete y aun en diecisiete mil. Sería curioso que de todos los indios videntes, sólo acertase el de Washington, si no en los tiros, en la predicción. No habría suficientes libros para consignar predicciones que han hecho los indios y otras personas graduadas en la misma facultad; es decir, las predicciones que no se cumplieron.

Ahora, si tomamos las que se cumplieron, yo podría llevarlas a todas en los bolsillos de mi abrigo, y me sobrarían bolsillos. Debo advertir de paso, que muchos de mis antepasados fueron muy conocidos por sus apodos. Como la historia los ha hecho fa

mosos, creo que no vale la pena extenderse en este punto de la vida terrenal de nuestra familia. ¿Quién no sabe que fueron miembros de ella el famoso pirata Kidd; Jack, el Destripador, y aquel incomparable Barón de Münchhausen, gloria de las letras? Tampoco mencionaré a los parientes lejanos, y hablando de ellos globalmente, diré solamente que se distinguieron de la rama principal en un rasgo curioso. Efectivamente, los Twain murieron colgados; los otros murieron en sus camas, de muerte natural, lamentados por los compañeros de presidio.

Yo aconsejo a todos los que escriban autobiografías que se detengan al borde de los tiempos modernos. Así, alcanza con una mención vaga y general del bisabuelo. De

allí se salta al autobiografiado.

Siguiendo este consejo diré que yo nací completamente privado de dientes. En esto me superó Ricardo III; pero no nací con joroba, y en esto, le gané yo. Mis padres no fueron excesivamente pobres ni llamativamente honrados.

Al llegar a este punto, me invade un pensamiento. ¿Escribiré una autobiografía que parecería descolorida, comparada con la de mis antiguos antepasados? Es de personas sabias cambiar de opinión, y después de haberlo pensado bien, creo que mi vida no merecerá escribirse sino cuando me hayan llevado a la horca. ¡Qué feliz sería el público si las biografías de otros hombres se hubieran limitado a hablar de sus antepasados, aguardando el acontecimiento al que estoy haciendo mención!

Una interviú

Un joven nervioso, inteligente y atento, se sentó en la silla que le ofrecí, y dijo que era integrante de la redacción del Rayo Cotidiano. Y a continuación agregó: -Espero no ser inoportuno con mi visita. Vine a interviuvarlo.

-¿A qué vino?

-A interviuvarlo.

-¡Ah!, muy bien. Perfectamente. ¡Hum!... Muy bien...

No me sentía muy lúcido esa mañana. En realidad, mis ideas me parecían un poco caóticas. Sin embargo, fui a la biblioteca. Después de haber buscado durante seis o siete minutos, tuve que recurrir al joven visitante.

-¿Cómo lo deletrea? -dije.

-¿Deletrear qué?

-Interviuvar.

-¡Pero...! ¿Para qué quiere deletrearlo...?

-Yo no tengo por qué deletrearlo, pero necesito buscar su significado.

-Pero... es increíble... perdone que se lo diga.... No tengo ningún problema en decirle qué significa esa palabra. Sí...

-¡Perfecto! Es lo que quiero... De verdad, se lo agradezco mucho.

-I-n, in, t-e-r, ter, ínter...

-Un momento, un momento... usted deletrea una i.

-Claro.

-¡Por eso no la encontraba!

-Pero, querido señor: ¿Con qué letra pensaba que comenzaba?

-En realidad, no sé.... Mi diccionario es bastante completo. Tenía la intención de hojear las láminas que hay al final, a ver si podía descubrir ese objeto entre las dibujos. Pero es una edición muy vieja.

-Mi estimado señor, no va a encontrar un objeto que represente una interviú, ni siquiera en la última edición. Perdóneme, no tengo la menor intención de herir sus sentimientos, pero usted no parece tan agudo como yo pensaba... Se lo digo sin intención de ofenderlo...

-¡No se preocupe! Este comentario lo escucho con frecuencia, y por personas que no quieren ofenderme, y que no tienen ningún motivo para hacerlo. Desde ese punto de vista, soy un ser verdaderamente interesante. Se lo puedo asegurar. Todos lo comentan entusiasmados.

-Le creo, sinceramente. Pero vayamos a lo nuestro. No sé si sabrá que ahora se acostumbra interviuvar a las personas conocidas.

-En realidad, lo sé por usted. Eso debe ser muy interesante. ¿Con qué se hace eso?

-¡Es verdad, usted es una persona muy desconcertante! En algunos casos se debería interviuvar con un látigo. Pero por lo general se trata de preguntas que el interviuvador plantea, y a las que el interviuvado responde. Es una moda muy popular.

¿Me permite que le proponga ciertas preguntas que darán cierta luz sobre los puntos sobresalientes de su vida pública y privada?

-¡Oh!, con mucho placer. Tengo muy mala memoria, espero que eso no importe. Quiero decir que tengo una memoria caprichosa, extrañamente caprichosa. A veces, parte al galope, otras, se queda retrasada durante una quincena en un lugar determinado; para mí es una gran molestia.

-No importa. Sé que responderá lo mejor posible.

-De acuerdo. Me esforzaré con mucho interés.

-Gracias. ¿Está preparado? Comienzo, entonces..

-Estoy listo.

-¿Qué edad tiene?

-Cumplo diecinueve años, en junio.

-¡Pero cómo! Yo le calculaba entre treinta y cinco o treinta y seis años. ¿Dónde nació?

-En Missouri.

-¿Cuándo comenzó a escribir?

-En 1838.

-¿Cómo puede ser, si no tiene más que diecinueve años?

-No sé. Parece extraño, es cierto.

-Muy extraño. ¿Qué hombre le parece el más notable de todos los que ha conocido?

-Aaron Burr.

-¡Pero si tiene sólo diecinueve años usted jamás pudo haber conocido a Aaron Burr!

-¡Bien! Si sabe sobre mis cosas más que yo, ¿para qué me pregunta?

-¡Oh!, solamente era un comentario. Nada más. ¿En qué circunstancias se encontró con Aaron Burr?

-Fue así. Yo había ido por casualidad a sus funerales, y él me rogó que hiciese un poco menos de ruido, y...

-Pero por Dios, si estaba en sus funerales, es porque él estaba muerto. Y si él estaba muerto, ¿qué le podía importar que usted hiciese ruido?

-No sé. Siempre ha sido un poco maniático con esos temas.

-Perdón, no comprendo nada. Dice que le habló, y que estaba muerto.

-Nunca dije que estuviera muerto. -En fin. ¿Estaba muerto o vivo?

-¡Por Dios!, unos dicen que estaba muerto, y otros que estaba vivo.

-Pero ¿usted que cree?

-¡Bueno...! Ese no era asunto mío. Yo no era el que lo enterraba.

-Pero, sin embargo... este... me parece que así no llegaremos a ningún lado. Permítame que le haga otras preguntas. ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?

-Lunes 31 de octubre de 1693.

-¡Es imposible! Usted tendría ciento ochenta años de edad. ¿Cómo explica eso?

-Yo no lo explico, para nada.

-Pero acaba de decirme que no tiene más que diecinueve años, ¡y ahora llega hasta los ciento ochenta! Es una contradicción evidente.

-¡Es cierto! ¿Se dio cuenta? (Le estreché las manos.) A menudo me doy cuenta de que hay una especie de contradicción. Pero por otra parte, nunca pude resolverla.

¡Con qué rapidez observa las cosas!

-De todos modos, gracias por el elogio. ¿Tenía o tiene hermanos y hermanas?

-¡Mm!, yo... yo... yo creo que sí, pero no me acuerdo.

-¡Nunca escuché una declaración más asombrosa!

-¿Por qué? ¿Por qué piensa eso?

-¿Y qué podría pensar...? A ver. Mire ahí. Ese retrato que está sobre la pared, ¿quién es?, ¿no es uno de sus hermanos?

-¡Ah!, sí, sí, sí. Ahora me acuerdo. Era mi hermano. William, Bill, como nosotros le llamábamos. ¡Pobre viejo Bill!

-¡Cómo! ¿Está muerto?

-Eso creo. Al menos, es lo que me imagino. Nunca se supo bien. En todo eso hay un gran misterio.

-Es triste, muy triste. Desapareció, ¿no?

-Sí, de cierta manera, hablando en general... En realidad, lo enterramos..

-¡Lo enterrraron!, ¡lo enterraron sin saber si estaba vivo o muerto!

-¿Quién dijo eso? Estaba completamente muerto.

-¡Mi Dios!, le confieso que no entiendo nada. Ustedes lo enterraron porque estaban seguros de que estaba muerto...

-No, no, sólo pensábamos que lo estaba.

-¡Ah!, ya entiendo. Revivió.

-Por supuesto que no.

-¡Pero entonces...! Nunca oí nada igual. Alguien estaba muerto. Lo enterraron. ¿Cuál es el misterio?

-¡Pero eso, justamente eso! Eso es extraño. Es fundamental que le explique que el difunto y yo éramos gemelos. Un día, nos

mezclaron en el baño, cuando no teníamos más que dos semanas, y uno de nosotros se ahogó. Pero no sabemos cuál. Unos creen que era BilI. Otros piensan que era yo.

-Es muy extraño. ¿Y usted qué opina sobre eso?

-¡Vaya a saber! Daría cualquier cosa por saberlo. Este impresionante y terrible misterio ha ensombrecido mi vida. Pero ahora voy a decirle un secreto que nunca le conté a nadie. Uno de nosotros tenía una marca, un lunar, muy destacado, sobre el dorso de la mano izquierda. Era yo. Ese es el hermano que se ahogó.

-Perdóneme pero pensando bien las cosas, no encuentro ningún misterio.

-Usted no lo ve, pero yo lo veo. No puedo entender cómo fueron tan estúpidos como para enterrar al niño que no lo necesitaba. ¡Pero silencio!... no hable nunca de esto frente la familia. Dios sabe que mis padres tienen ya bastantes causas de sufrimiento.

-Y bien, por ahora tengo, creo, bastantes datos y le quedo muy agradecido por la molestia. Pero me interesó mucho el relato que me hizo sobre los funerales de Aaron Burr. ¿Querría contarme qué fue lo que le hizo pensar en Aaron Burr como un hombre tan notable?

-¡Oh!, un detalle insignificante. Entre cincuenta personas no encontraría una que lo hubiese tomado en cuenta. Cuando se terminó el sermón, y el cortejo se disponía a partir hacia el cementerio, y el cuerpo estaba bien instalado, confortablemente en el ataúd, él dijo que no le molestaría dar una última mirada al paisaje. Así que se levantó y se sentó sobre el pescante, al lado del cochero.

Cuando terminé de hablar, el joven me saludó y se fue. Su compañía había sido muy agradable, y me entristeció verlo partir.